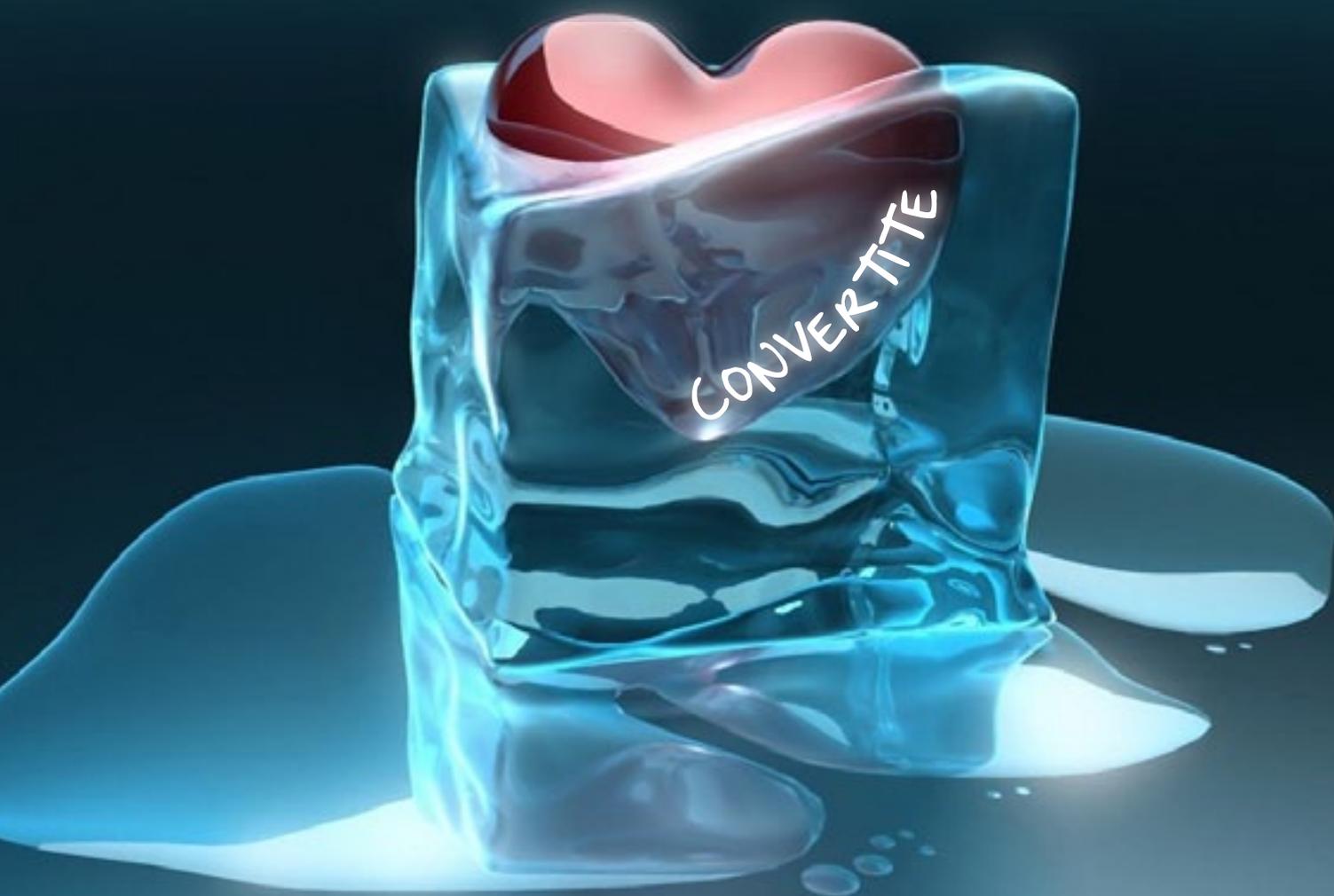


QUINTO SUBSIDO

ITINERARIO de CONVERSIÓN
PERSONAL y COMUNITARIA

2015 - 2018



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín

“MIRÁ EN LO PROFUNDO DE TU CORAZÓN, DIOS TE ESPERA, ÉL TE BUSCA”

ÍNDICE

- Pág. 2 Introducción
- Pág. 3 Objetivos
- Pág. 4 Vida religiosa y posmodernidad
- Pág. 13 De la mano del samaritano
- Pág. 20 Conclusión

INTRODUCCIÓN

La historia de la conversión de Agustín es fascinante, pero larga y compleja. Él sabe muy bien que primero hay que cambiar al hombre, para que se cambien las obras. Si el hombre permanece siendo malo, no puede producir obras buenas; y si continúa siendo bueno, no puede producir obras malas (Sermón 72,1). Pero también sus ideas están contaminadas, es decir, también la vida de la mente del hombre ha de sufrir un proceso de limpieza y desintoxicación: Así también los errores y falsas opiniones contaminan la vida si la mente racional está viciada, cual estaba la mía entonces, que no sabía que debía ser ilustrada por otra luz (Conf. 4, 15,25). Es el pecado de la inteligencia, de la mente y antes de cambiar de voluntad es necesario cambiar de ideas y de dictámenes.

La primera etapa de nuestro itinerario nos ha servido para tomar conciencia de estar alejados de Dios e iniciar este camino de regreso al Padre que para Agustín pasa inevitablemente por volver a sí mismo: Vuelve, vuelve al corazón y deja tu cuerpo... mirá allí qué es lo que tal vez sientes de Dios; allí está la imagen de Dios (Com. Ev. Jn 18,10). Como el mismo lema pastoral de este año nos invita, queremos seguir mirando en lo profundo de nuestro corazón de la mano de Agustín, pero ahora buscando esa conversión de la mente. Para continuar el camino recorrido, les ofrecemos el segundo subsidio del tema de la conversión de la mente que cuenta con dos artículos. El primero de ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ nos ofrece una aproximación de la vida consagrada en el contexto de la Posmodernidad titulado: *La Vida Religiosa y Posmodernidad. Redescubrir la dimensión teológica*. El Segundo es de DOLORES ALEIXANDRE RCSJ, *De la mano del Samaritano*. Texto extraído de su libro *Buscadores de Pozos y caminos*.

OBJETIVOS

Para pensar por qué proponemos un itinerario de conversión personal y comunitaria

- Necesitamos renovarnos a partir de una conversión personal.
- Fortalecer la vida comunitaria.
- Fomentar y afianzar la unión entre nosotros, crecer en las relaciones interpersonales, en la integración, en la comunicación.
- Profundizar más en nuestra vocación a la vida religiosa.
- Acompañar el itinerario de conversión pastoral para dar respuestas a las nuevas situaciones de la vida de la sociedad y de la Iglesia.

Objetivo general:

Redescubrir la interioridad como camino para nuestra propia conversión y renovación comunitaria.

Objetivos específicos:

- Motivar y animar el don del llamado recibido de Dios.
- Redescubrir en la propia vida, pasada y presente, la presencia de Dios.
- Redescubrir el carisma agustiniano, vivir la agustinidad.
- Renovar, la calidad de la vida comunitaria, desde el proceso de la interioridad.
- Acompañar el proceso de reestructuración con una conversión de vida.
- Descubrir la conversión personal como camino hacia una fecundidad Pastoral.

Objetivo 2016

Conocimiento de sí mismo, de nuestras estructuras mentales, de nuestros esquemas e ideas, aceptación de la propia realidad y aceptación de los límites.

Objetivo Especifico 2016:

- Renovar, revisar y convertir nuestras estructuras personales y comunitarias a la luz del Evangelio.
- Liberarnos de los errores y opiniones falsas que contaminan nuestra vida y que oscurecen especialmente nuestra mente.
- Conformar nuestra vida según la Verdad y dejarnos iluminar por ella.

VIDA RELIGIOSA Y POSMODERNIDAD: REDESCUBRIR LA DIMENSIÓN TEOLOGAL

Antonio Jiménez Ortiz

¿Es posible la vida religiosa en tiempos de posmodernidad? ¿Lo es para nosotros, religiosos adultos? Parece urgente descubrir, desde nuestro propio contexto sociocultural, la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza, si queremos que nuestras vidas sean para los adolescentes y jóvenes, situados en la provisionalidad y la fragilidad, signos de que la fidelidad es posible.

Con dudas e inseguridades, con mucha buena voluntad y no poco cansancio, nosotros, religiosos adultos, mantenemos nuestros compromisos y creemos todavía en la validez de la misión. ¿Y Dios? ¿Es la clave de nuestra vida, su experiencia fundante? ¿Está enraizada la experiencia de Dios en las entrañas de nuestro ser?

Sin pasión por Dios no es posible seguir la llamada vocacional ni la fidelidad. Sólo desde una vital experiencia de Dios nos podemos enfrentar, con lucidez y discernimiento, a la lógica de la posmodernidad. En ella se dan valores humanizantes, pero también propuestas de experiencia que no podemos aceptar. No podemos vivir por inercia o rutina. El seguimiento de Jesús nos exige un descubrimiento de Dios Padre como valor supremo de la existencia en unos tiempos en los que parece que Dios se desvanece.

TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE: ¿TAMBIÉN DIOS?

Así lo formulaban Marx y Engels en el Manifiesto Comunista. Para los pensadores posmodernos la fragmentación y el pluralismo son el destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes relatos. Los "grandes relatos", las visiones integradas de la realidad, como el idealismo, el comunismo, el cristianismo... que dan cohesión social y legitiman los sistemas de valores, ya no tienen credibilidad, sean relatos especulativos o de emancipación. Para F. Lyotard, los "grandes relatos", los intentos universalizantes por explicar y dominar la

realidad han sido causa de terror y no hay que echarlos de menos.

La sociedad actual vaga sin un horizonte fijo, porque se ha perdido la fe en el progreso y en el sentido liberador de la historia, porque los grandes relatos han quedado deslegitimados, porque Dios parece desvanecerse. La brújula es inútil, y sólo nos sirve el radar para evitar choques irremediables. Para la posmodernidad es vano todo intento de dar un sentido global o religioso a la vida, que busque una finalidad última a la realidad, como expresión de una voluntad divina.

A VIVIR, QUE SON DOS DÍAS

Se vive en el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro, sin ningún sentido histórico. El individuo posmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones pueden cambiar al instante. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo y lo más esotérico, lo viejo y lo nuevo, la vida simple y ecologista como la hipersofisticada; ya ninguna ideología política o religiosa parece capaz de entusiasmar a las masas. La sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni imagen gloriosa de sí misma. Parece reinar el vacío, un vacío dulcificado por el hedonismo, pero sin tragedia ni apocalipsis. Con la imagen del "desierto" G. Lipovetsky intenta expresar esa inmensa ola de "desinversión" por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se están vaciando progresivamente de sustancia: una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en un organismo abandonado.

El saber, el poder, la religión, el trabajo, el ejército, la familia, las iglesias, los partidos... han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles, y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada. Y, sin embargo, el sistema funciona porque está en manos de "los expertos", que son los únicos que todavía intentan inyectar sentido allí donde sólo reina un desierto apático, porque la necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia puede desplegarse sin patetismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores. El individualismo lo absorbe todo: cuidar la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de complejos, esperar las vacaciones. Es posible vivir sin ideal, sin objetivo trascendente, sin Dios, con placidez y sin dramatismo.

Y DE COMPROMISOS DEFINITIVOS, NADA DE NADA

En la posmodernidad la oposición entre sentido y sinsentido ya no es desgarradora. Pierde radicalismo ante la frivolidad ambiental, la banalidad efímera de la moda, las ofertas de ocio, los juegos caprichosos y volubles de la publicidad. Las antinomias duras entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo, entre lo real y lo ilusorio pierden fuerza y se esfuman.

Hombres y mujeres posmodernos son como muebles modulares conformados a partir de elementos desmontables. Un ser sostenido por diversas lógicas, inseguro ante los principios, pero siempre disponible para las alianzas cambiantes y la obligada plasticidad del corazón. El talante posmoderno tiene así un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia que a todos nos parece refrigerante, una superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros, de lágrimas fáciles y consuelos vertiginosos. Es un mundo líquido, que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el consumo instantáneo. Cargarse de compromisos inquebrantables supera toda capacidad y voluntad de negociación, porque supone renunciar a las nuevas y numerosas oportunidades que aparecen por todas partes. En la sociedad actual, la relación personal es un producto más de consumo inmediato y, por tanto, fácilmente descartable.

La "elección radical" de la época de la instantaneidad significa buscar gratificación evitando las consecuencias y, particularmente, las responsabilidades que esas consecuencias puedan involucrar. La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto. La moderna razón líquida contempla los compromisos definitivos como una verdadera amenaza; los vínculos duraderos despiertan la sospecha de una dependencia paralizante. Las ataduras vuelven "impuras" las relaciones humanas que, como cualquier producto, están destinadas a la satisfacción instantánea, mientras se mira de reojo la fecha de caducidad. "La palabra clave de la estrategia de vida es 'ahora', sin importar los alcances de esa estrategia ni lo que pueda implicar. En un mundo incierto e impredecible los trotamundos hábiles harán lo imposible para imitar a los felices "globales" que viajan livianos; y no derramarán demasiadas lágrimas al deshacerse de aquello que obstaculiza sus movimientos" (Z. Bauman, Modernidad líquida).

DESCUBRIR EXISTENCIALMENTE EL PRIMADO DE DIOS EN NUESTRO PROYECTO DE VIDA RELIGIOSA

Todo proyecto personal pone en tensión mi persona y sus posibilidades, con un discernimiento cuidadoso que me guíe en el planteamiento y realización de ese proyecto. Eso supone una jerarquía de valores, con un valor central vertebrador, enraizado en la profundidad de la afectividad, de forma que sea capaz de comprometer la libertad. Cuando logramos contemplar toda la existencia a la luz de una razón, un valor, sabemos lo que somos y lo que queremos, hacemos nuestra opción fundamental.

El proyecto ha de ser articulado en función de tres fidelidades básicas: a) La fidelidad a sí mismo, aceptando posibilidades y limitaciones; b) la fidelidad al valor que da coherencia y sentido a la propia existencia: el Reino de Dios en el seguimiento de Jesús en el marco del carisma propio; y c) la fidelidad a la situación histórica, a las personas que conviven conmigo.

Todo esto conlleva un proceso complejo de búsqueda, de renuncia, de discernimiento. Pero el proyecto personal no puede ser el resultado de un afán perfeccionista y voluntarista, o la consecuencia inconsistente de un idealismo narcisista. Debe ir surgiendo como fruto maduro de una libertad, que se deja guiar por el Espíritu de Dios, cuando la experiencia de Dios está anclada en nuestras entrañas, y cuando nuestra oración es el eco del mismo Espíritu que clama en nosotros: ¡Abba, Padre!

Nuestro proyecto como religiosos está sostenido por el compromiso de los votos que define la forma de nuestro seguimiento de Jesús. Pero hoy urge descubrir la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza.

LA DIMENSIÓN TEOLOGAL DE LA POBREZA EVANGÉLICA

¿Qué sentido tiene hoy nuestro voto de pobreza en una sociedad del bienestar y de la abundancia, del hedonismo, del omnipresente mercado bajo el influjo del neoliberalismo? ¿Es la ascética o la renuncia el elemento decisivo del voto de pobreza? ¿O nos quedamos tranquilos con una espiritualización de la pobreza en medio del consumismo y afán de riquezas?

Sin la experiencia de la confianza en Dios, es decir, sin dimen-

sión teologal, la pobreza carece de sentido evangélico. La pobreza voluntaria será un gesto de purificación ascética, de espíritu crítico que en nada se parece a la pobreza de Jesús. Ésta fue adhesión incondicional a la voluntad del Padre y, en consecuencia, cumplimiento fiel de la misión encomendada por el Padre. Por tanto, si nos quedamos sólo en la dimensión económica, difícilmente podemos hablar del voto de pobreza. Nos tenemos que decir bien claro que los pobres no somos nosotros. Si no nos lo decimos, nos mentimos y las palabras no dicen nada.

¿Qué significa la pobreza en el proyecto de Jesús? La pobreza real en la que vive Jesús, su actitud de desprendimiento afectivo y efectivo manifiesta esta confianza en Dios. Renuncia al poder, a la fuerza y al bienestar. Jesús no es un asceta o un profeta rigorista como Juan Bautista. No desprecia los bienes de la tierra, ni se comporta como un filósofo cínico. Jesús tiene una pasión absoluta: el Reino de Dios, DIOS que se acerca al hombre como salvación y misericordia. Todo lo demás es secundario.

La pobreza evangélica ha de entenderse como consecuencia de una fe en Dios y desde ahí como compasión con los demás, como disponibilidad total. Frente al sistema social y religioso de su época, Jesús no tomó una postura neutra o indiferente. Acogió a los excluidos del sistema, a publicanos, leprosos, prostitutas... a los pobres. En Jesús su pobreza va unida a la misericordia.

No se reserva nada; da su vida. Y así vive liberado de ataduras y cadenas, de preocupaciones por el tener o el poseer. Su libertad está anclada en Dios. No desprecia las realidades terrenas. Habla con cariño de ellas, no le son indiferentes. No se deja subyugar por nada ni por nadie. Jesús necesita pocas cosas para vivir y éstas las necesita poco. Su única preocupación es hacer la voluntad del Padre.

CÉLIBATO Y PRIMADO DE DIOS

Comprender el celibato simplemente de una manera funcional, como una forma de vida que facilita la disponibilidad para la misión, significaría diluir el primado de Dios en múltiples causas humanistas. Cuando las causas (los pobres, los enfermos, los jóvenes, la educación...) pierden interés vital por cansancio, frustración, desgaste de la edad, el celibato se que da sin referencia, porque no se ha comprendido que su fuente es la experiencia singular del amor de Dios. Sin pasión por Dios el celibato

evangélico cuelga en el vacío.

Sin el encuentro existencial con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, sostenido por la fuerza del Espíritu Santo, que me convoca en la historia, llamándome por mi nombre, no es posible el celibato por el Reino. Supone ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en Él como valor supremo de la existencia.

El proceso interior que descubre el celibato como valor religioso y existencial se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia se abran a la realidad del amor en la vida concreta. La persona y la vida de Jesús sólo son comprensibles a la luz de la experiencia única y singular del amor absoluto del Padre que lo trasciende todo. Como Jesús, que se entrega a una misión en la que empeña todas sus energías y también su futuro y su vida. Pero lo decisivo es la relación afectiva e interpersonal con el Padre.

Centrar la vida en la relación personal con Dios no significa ceder al intimismo espiritual. Es comprender que en Jesús la pasión por Dios y la compasión por los demás están esencialmente entrelazadas. Pero lo decisivo es la pasión por Dios: "¡Oh Dios, Tu eres mi Dios!" (Sal 63)

LA OBEDIENCIA COMO RECONOCIMIENTO DE LA PRIORIDAD DE DIOS EN LA VIDA COTIDIANA

La obediencia evangélica es, como expresión de fe y de amor, el corazón de la vida teologal. Obaudire: estar a la escucha de la voluntad de Dios. Por eso es impensable un proyecto de vida religiosa que no tenga como fundamento la fe, la experiencia de Dios.

Jesús vive la obediencia a la voluntad del Padre en la inseguridad y en la búsqueda, y sintiendo resistencia interior frente a su fracaso total y a su desenlace mortal, experiencia decisiva que vive en toda su crudeza en Getsemaní. Aquí palpamos el fracaso existencial de Jesús ante el silencio de Dios. Es una secuencia narrativa de gran complejidad espiritual: en el desierto del fracaso definitivo, en la incertidumbre oscura y corrosiva, Jesús mantiene la obediencia y la fidelidad, y encuentra en el agujero negro de esa noche luz, consuelo y serenidad en la tortura psicológica de quien se siente ya condenado a muerte.

El misterio de la presencia de la ternura singular del Padre acontece en las tinieblas que caen sobre el corazón angustiado de Jesús. Es el momento de la verdad, del develamiento del Misterio, que no deja de ser misterio, ofreciendo al mismo tiempo luz y sentido en el naufragio definitivo de las ilusiones humanas de Jesús. En esta escena encuentro el fundamento de la vida religiosa, en una obediencia creyente a la que sólo le queda la seguridad de la fe: "Aun siendo hijo, aprendió sufriendo a obedecer" (Hb 5,8).

La obediencia evangélica significa buscar incesantemente la voluntad del Padre en el discernimiento personal y comunitario, que ha de tener lugar en una atmósfera de oración sincera y constante, con un corazón libre y disponible, atento a la escucha, y sabiendo reconocer las mediaciones desde un contexto creyente. Esa es la tarea de todos, de los responsables que mandan y de los responsables que obedecen, en un contexto social que enaltece la libertad personal, la autonomía y la independencia individualista.

EN TIEMPOS DE POSMODERNIDAD, SÓLO DIOS FUNDAMENTA NUESTRA FIDELIDAD Y ESPERANZA

Frente a la insoportable levedad del ser, la fidelidad de Dios.

La posmodernidad nos ha marcado a fuego el sentido de lo provisional y transitorio, la sospecha ante los grandes relatos, las vinculaciones frágiles, ha vaciado de contenido la fidelidad: "Hoy te querré para siempre; mañana...no sé". Frente a ese talante posmoderno, conviene dejar resonar en nosotros la palabra de Isaías: "Decía Sión: Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado". ¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo nunca te olvidaré. Mira, te llevo escrita en la palma de mi mano" (Is 49, 14-16).

Nosotros confiamos en el amor infinito de Dios. Pero condicionados por el talante posmoderno, cuando pensamos en el futuro, nos preguntamos: en un mundo de cambios tan rápidos y profundos ¿puede un SÍ o un NO mantenerse para SIEMPRE? ¿Tendré siempre la misma ilusión, la misma claridad en el ideal que sostiene mi compromiso? ¿Y no me cansaré? ¿Será mi destino arrastrar mi compromiso como una pesada carga? ¿Cómo comprometerse por toda la vida en un clima así? Y tenemos

miedo. Nos invade la inseguridad. La fidelidad nos parece imposible.

o sólo posible a un precio demasiado alto. Confiamos en que el Señor de la historia sea también el Señor de mi futuro. Pero no encontramos el remedio a nuestra inseguridad psicológica. Quizás haya que aceptar la pobreza de nuestra fidelidad y la inevitable inseguridad que nadie nos puede aliviar.

Nos ha tocado vivir en una situación social y cultural compleja, que ya para nosotros es también signo de la misteriosa providencia de Dios. La fidelidad es posible porque el fundamento de nuestra fidelidad no son nuestras cualidades ni nuestro esfuerzo voluntarista, sino la fidelidad de Dios. La fidelidad sólo es posible a partir de la fe, de una fe viva y confiada. Por tanto, los límites de nuestra fe son también los límites de nuestra fidelidad. Y la pobreza de nuestra fe es la causa de la pobreza de nuestra fidelidad.

Frente a la insoportable levedad del ser que sienten nuestros destinatarios jóvenes, y también no pocos religiosos jóvenes, la historia de fe de un religioso adulto es una confesión viva de que existe la densidad en la existencia, de que hay valores por los cuales es posible comprometerse definitivamente. Puede mostrarles que la libertad no se realiza simplemente como espontaneidad, sino desde el compromiso de un amor concreto y realista, que limita esa libertad, pero que la hace creativa y fecunda.

FRENTE AL NIHILISMO DESESPERANZADO, LA EXPERIENCIA DE LA ESPERANZA TEOLOGAL

La esperanza teologal tampoco resulta fácil. Exige abandono radical en las manos de Dios, reconocimiento de nuestra impotencia para lograr la salvación para nosotros y para el mundo. Y esto provoca en el camino rupturas, búsquedas, renunciaciones, frustraciones, el deseo de una conversión permanente. Sin el Espíritu no es posible la experiencia de la esperanza teologal, porque la certeza de la esperanza no es de carácter intelectual. No disponemos de ninguna seguridad tangible. Es fe, confianza última en el Misterio de Dios.

La esperanza no puede ser el fruto de una aventura individual. Es una experiencia personal en el seno de la iglesia, de la comu-

nidad real y concreta. No es posible mantener la tensión de la espera sin la solidaridad de nuestros hermanos. De ellos recibimos aliento y consuelo. Pero la comunidad no evita que en esta espera paciente del Reino de Dios sintamos la soledad, la experiencia de nuestra fragilidad, la precariedad de nuestros proyectos, el cansancio que parece ahogar la esperanza.

La esperanza teologal necesita la reconciliación con la propia historia. El futuro, en último término, no es cuestión solamente de responsabilidad y colaboración. Es también experiencia de gracia, confianza en Dios, fruto de la esperanza teologal. Por esto la esperanza engendra en nosotros una actitud activa y pasiva: nos compromete como si Dios no existiera; pero al mismo tiempo sabemos que la salvación definitiva es don, gracia nunca merecida.

La vida es misteriosa: el fracaso no siempre significa pérdida, y el éxito no supone siempre ganancia. La aceptación del error, de la incertidumbre, de la opacidad de lo real que se nos impone, nos abre los ojos a la verdad de nuestro yo y genera procesos de maduración (reconocer necesidades y deseos, iluminar nuestros porqués, descubrir la vida como misterio de búsqueda, de renuncia y de entrega). Para el creyente, la lógica de lo humano, la argumentación fundante de proyectos y compromisos está también sostenida por la presencia misteriosa de un Amor infinito. Es el momento de la esperanza, esa virtud humilde que depende de la fe en la que se fundamenta, y cuya plenitud es el amor. Sin embargo, la fe y el amor la necesitan como atmósfera vital. La esperanza da a la fe el aliento para permanecer en la opción por Dios. Y el amor aprende de la esperanza la fidelidad, la fortaleza, la paciencia. El cristiano es el hombre del camino, peregrino siempre entre su pasado de búsqueda y su futuro de libertad.

La esperanza teologal no tiene nada que ver con la despreocupación, con el desinterés indiferente. Al contrario: no se puede entender sin la solicitud, sin la compasión, sin el gozo de una creación que Dios ha encomendado al hombre.

¿Merece la pena poner la esperanza en Dios, ese misterio que se me escapa de las manos y me abandona en la soledad? ¿Puedo jugarle la vida por Algo o Alguien que contradice mi deseo de evidencia y de control? Sólo nos queda la confianza, la apuesta

por un Misterio que sólo percibo cuando cierro lo ojos y abro el corazón. Por eso la esperanza es también desasimiento, dejando a Dios ser Dios. Por eso son los pobres los que realmente entienden la esperanza, los que en el límite de su existencia ponen sin más su confianza en el Padre que cuida de los pájaros del cielo y de las flores del campo. El pobre de espíritu tiene el secreto del vivir cotidiano: no agobiarse por el mañana, dejar a Dios ser Dios.

DE LA MANO DEL SAMARITANO

BUSCADORES DE POZOS Y CAMINOS. - Dolores Aleixandre RSCJ

Si el **Samaritano** agarrara nuestra mano ¿Qué nos diría y hacia dónde nos llevaría? Más que escucharle (parece hombre de pocas palabras), nos damos tiempo para contemplar la escena descrita por Jesús, recordando que un icono no es el reflejo de lo que ya vivimos y somos, sino que nos manifiesta lo Otro, lo que aún no somos, la distancia de conversión que tenemos que recorrer y nos pone frente a la mirada que nos adentra en nosotros mismos y nos permite acceder al verdadero rostro del prójimo.

¿Nos descubrirá también este icono lo que habitaba la interioridad de Jesús, el que inventó su historia y que sin pretenderlo, "pintó" en él algo de sus propios rasgos? ¿Acaso no es su pieza maestra, el cuadro por el que podía haber pasado a la historia y ser recordado, si no fuera porque ya tiene otros motivos para serlo? .

Comenzamos mirando la escena, como si estuviésemos presentes en ella: Ante todo, nos sorprende el realismo lúcido del autor que no ahorra los tonos sombríos: un asalto de bandidos, un hombre despojado, derribado y medio muerto y dos transeúntes "cualificados" que pasan de largo (y nos resulta inevitable recordar el bandidaje de nuestro mundo, sus víctimas olvidadas en los márgenes de la exclusión, la indiferencia de los que pasan o pasamos, atareados con nuestros propios asuntos...) Y cuando la historia se obstinaba en hacernos creer que el mal constituye la última palabra de las cosas y que la situación es fatalmente irremediable, el narrador hace surgir otra figura en el horizonte, precedida de un pequeña marca gramatical que nos

pone en vilo: "**pero** un samaritano...". ¿De dónde procede y qué pretende la "disidencia" introducida por ese "pero"? nos preguntamos ¿Qué fuerza de oposición puede representar en medio de un mundo que no parece emitir más señales que las del frenesí posesivo, la obsesión por el propio cuidado y una inconsciencia satisfecha, mientras que pueblos enteros se desploman en silencio? Ese pequeño "pero" ¿no nos está comunicando algo de cómo mira Jesús la historia y de su terca esperanza que ve emerger en ella una poderosa aunque en apariencia débil fuerza de resistencia¹?

Porque, en medio de tantos signos de muerte, el Samaritano que entra en escena no parece poseer muchos recursos, no pertenece a ningún centro de poder que lo respalde y le garantice prestigio o influencia; es extranjero, viaja solo y no cuenta más que con su alforja y su montura, pero tiene la mirada al acecho y allá adentro, su corazón ha vibrado al ritmo de Otro.

Porque, en medio de tantos signos de muerte, el Samaritano que entra en escena no parece poseer muchos recursos, no pertenece a ningún centro de poder que lo respalde y le garantice prestigio o influencia; es extranjero, viaja solo y no cuenta más que con su alforja y su montura, pero tiene la mirada al acecho y allá adentro, su corazón ha vibrado al ritmo de Otro.

Y entonces hace el gesto mínimo e inmenso de aproximarse al hombre caído. Cuando otros lo han esquivado, sin dejar que les hiciera mella dejarlo atrás, él se siente afectado por el herido y responsable de su desamparo. La urgencia de tender la mano al que lo necesita pospone todos sus proyectos e interrumpe su itinerario. La inquietud por la vida amenazada del otro predomina sobre sus propios planes y hace emerger lo mejor de su humanidad: un yo desembarazado de sí mismo. Es un extranjero

al que ningún parentesco ni solidaridad étnica obligaba a aten-

¹ Animarnos unos a otros a preferir las pequeñas realizaciones a los sublimes proyectos y, por si alguno nos acusa de estar rebajando las utopías, tener preparada como contestación fulminante que la frase la dijo nada menos que Juan XXIII, de feliz memoria. Y apoyarnos en la convicción que contagia este texto: "El tejido de la esperanza se construye con materiales elaborados desde el sufrimiento de las víctimas y tiene un alcance universal ya que, si ellos han podido y sabido esperar, todos podemos hacerlo. Posiblemente nuestra acción concreta no acaba con la pobreza, no saca a las personas de la espiral de la violencia, no socializa los medios de producción y cambio...pero quizá ha tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y actuar. Actuar sobre la realidad y cambiarla aunque sea un poquito es la única manera de probar que la realidad es transformable". (García Roca, Joaquín Rovira Ortiz, Araníval Said, *Paisaje después de la catástrofe. Códigos de la esperanza*, Santander 2003, p.146)

der a otro, pero que se ha detenido a socorrerle; es un viajero que ha descendido de su cabalgadura, ha cambiado su itinerario y se ha arrodillado junto a otro hombre; es un cismático que, sin embargo, se ha comportado como el guardián de su hermano y en el mandamiento: "No matarás" ha leído: "Harás cualquier cosa para que viva el otro".²

¿Y si en ese gesto de pura alteridad se encerrara el secreto de nuestra identidad más honda y nos estuviera mostrando dónde desemboca la adoración a la que nos convocaba la Samaritana? Ser en medio del mundo un signo que contesta el acrecentamiento del tener, un signo tan pobre como el del pesebre o la tumba vacía, una presencia que afirma el valor y la dignidad de los más pequeños?³

Ínfima piedrecita de tropiezo en el campo de la lógica neoliberal, soñadores con los pies en la tierra, empeñados en mantener una relación esperanzada y no resignada con la realidad, capaces de descubrir posibilidades viables de transformación y de imaginar el "otro mundo posible". También en torno al Samaritano existía, como ahora, una lógica dominante: "Si te detienes a cuidar de un desconocido medio muerto, te expones a echar a

perder tus planes, tu tranquilidad, tu tiempo, tu aceite, tu vino y

2 "Existe un fermento de santidad que secretamente sostiene al mundo", afirma Levinas evocando la tradición judía de los 36 justos ocultos gracias a los cuales el mundo subsiste (Sukká 45b). "Como si la humildad y la bondad de algunos pudieran aún, asombrosamente, contrapesar el orgullo brutal y egoísta de los que ponen su firma en los libros de cuentas de la existencia para sí. Como si de ellas y sólo de ellas, emanara ese aliento vivificante y dulce que devuelve las fuerzas de "escoger la vida" (Dt 30,20) cuando el mal ha lanzado su golpe"(Chalier, Catherine, *Levinas. La utopía de lo humano*, Madrid 1995, pp. 88 y 123) Podemos evocar experiencias de haber reconocido el poder de "hacer vibrar la cuerda secreta que nos ata al bien" (ibid. 121) en algún gesto de derramar con ternura aceite y vino sobre las heridas de nuestros hermanos.

3 Recordar alguna de nuestras declaraciones capitulares sobre la Opción Preferencial por los Pobres (solemos escribirlo con mayúsculas) y tratar de pasar tan magnífica decisión a minúsculas, calderilla y cómodos plazos, que conviertan la proclamación en realización, aunque sea modesta. Irla paseando por nuestros "cuerpo comunitario": por nuestros ojos (qué leemos, a qué fuentes de información acudimos, en qué tipo de personas nos fijamos, qué programas de TV preferimos...); por nuestros oídos (qué voces, opiniones y juicios tienen más influencia en nosotros, de qué medio social proceden, desde qué experiencia hablan...); nuestros pies (qué lugares frecuentan, a quiénes visitan, dónde se detienen, de dónde escapan...); nuestras manos (para quiénes trabajan, a quiénes sirven, con qué situaciones contactan...); nuestro corazón (hacia quiénes se inclina, por quiénes se conmueve, por qué causas se apasiona...)Y, al acabar el recorrido, en vez de hundirnos en atormentadas culpabilidades, buscar juntos en nuestro mapa vital cómo hacernos **buscadores de caminos**, salir fuera de los muros que nos protegen y situarnos en alguna encrucijada, al alcance de esa gente a quienes la marginación hace imprecisos, socialmente mudos e inapreciables. Y reconocer esos lugares como privilegiados para entrar en comunión con el Compasivo y "tener parte con Él" (Cf. Jn 13,8).

tus denarios". Pero en su reacción se revela la obstinada lógica de Jesús: "No midas, no calcules, deja que el amor te desapropie: serán los otros quienes te devolverán tu identidad, justo cuando tenías la impresión de que estabas perdiendo tu vida".⁴

Nos detenemos a contemplar al hombre medio muerto. El que ocupe el centro del cuadro nos hace pensar que a Jesús le era natural mirar las cosas desde abajo, con los ojos de los que viven o malviven en las peores situaciones. El que nació en un descampado de las afueras de Belén y morirá fuera de las murallas de Jerusalén, "se deslocaliza" y levanta su tienda allí donde nadie lo espera: en los desposeídos, derrotados y excluidos, precisamente donde parecía abolida toda la esperanza. Lo encontraremos siempre fuera, con los que el mundo ha arrojado lejos de sí.

"Cuidō de él", leemos en el texto. *"Cuida de él",* dirá después al posadero. Es un verbo "femenino", lento, acariciador, que confronta nuestras prisas y nuestra impaciencia por los resultados inmediatos. Esta dimensión humana del "cuidar" puede bañar con su calidez nuestras relaciones comunitarias, romper nuestras defensas, conseguir que se resquebraje esa dureza que puede hacer sombrío nuestro celibato y permitirnos derramar cordialidad e inventar gestos de ternura.⁵

Contemplamos de nuevo al hombre "medio muerto", sin rehuir la pregunta que a veces nos asalta de si no será a veces la propia Vida Religiosa responsable de las "medio-muertes" de algunos de sus miembros. Porque la sinceridad nos obliga a reconocer la existencia de vidas "a medias" que no parecen esponjadas

ni felices, supeditadas al funcionamiento de las instituciones,

⁴ En el gesto de *derramar* del Samaritano aparece la "marca" de las costumbres y recomendaciones del propio Jesús Jesús: *derramar* (Lc 22,20); *entregar* (22, 19); *perder* (5,37; 9,24); *vender* (12,38; 18,22); *dar* (12,33; 18,22; 19,8); *echar* (21,3); *dejar* (18,29); *partir y re-partir* (9, 16; 22,19); *no guardar* (9,24); *no atesorar* (12,21)...**Podemos acoger** la carga contracultural que esconden esos verbos, consintiéndoles hacer su trabajo de configuración con el talante del Evangelio.

⁵ **Imaginar** una vida comunitaria en la que cada uno trata de ejercitar ese "cuidado" y en la que nos damos mutuamente el permiso para existir tal como somos y experimentar en la convivencia diaria que lo primero que interesa de cada uno no es lo que hace, ni si lo hace bien o mal, sino cuál es su historia, qué siente, qué va buscando, qué le hace vivir internamente. Después de un tiempo de oración, **atrevernos a expresar** lo que aprendemos unos de otros en la comunidad y a agradecérselo cordialmente. Solemos tener extraña facilidad para fabricar "catálogos de reproches" y nos sorprendería el efecto terapéutico que tiene el mirar a los otros desde el agradecimiento y la admiración y ser capaces de verbalizarlo.

asfixiadas por la inercia de un orden inamovible y unas tradiciones incuestionables, deshabitadas en su corporalidad, con la iniciativa y la espontaneidad sofocadas, raramente invitadas a pensar por sí mismas, a expresar libremente sus opiniones, sus desacuerdos, sus deseos o sus sueños. Ciertamente, habría que calificar como de "No-vida-no-religiosa" a la que produce semejantes "sujetos necrosados" en su seno estéril, cuando quienes llegaron a ella venían buscando la vida en abundancia prometida por el Viviente.

Seguimos mirando al hombre medio muerto con el alivio de saber que alguien se va a poner a favor de la mitad viviente de su persona y va a elegir la vida en su nombre. Y nos damos cuenta con asombro de que es precisamente él, desde su impotencia, quien posee el poder de revelar al Samaritano su capacidad de compasión que le asemeja a Dios.

¿Y si fuera lo que sentimos "medio muerto" en nosotros, tanto personal como institucionalmente, lo que tuviera la misión de revelarnos dimensiones de nuestra existencia que desconocíamos? ¿Y si fueran las situaciones de creciente fragilidad, disminución y pérdidas las "mensajeras" encargadas de anunciarnos una novedad que llega a nuestras vidas? Nunca las hubiéramos elegido y más bien seguimos añoramos ser muchos, fuertes, jóvenes e influyentes, pero en muchos lugares estamos siendo llevados a lo contrario y nuestra resistencia al empobrecimiento se está convirtiendo en una fuente de depresión espiritual corporativa que nos bloquea los proyectos y nos impide vivir felices y ser creativos. Tenemos "medio muerta" la esperanza con respecto al futuro de Dios en la Vida Religiosa y hemos pactado con una "herejía emocional" mucho más peligrosa en este momento que cualquier otra herejía: Dios no tendría ya nada que hacer en este mundo, en esta Iglesia, en este Cuerpo apostólico. Ninguna novedad cabría ya esperar de él. No lo decimos así, pero lo sentimos, y ese sentimiento entra sutilmente dentro, como un cuchillo del aliento y la esperanza. Y cuando entra en crisis la esperanza, comienzan a agonizar el amor y la fe.⁶

6 Reconocer lo que puede haber en nosotros de "herejes emocionales" y **poner nombre** a nuestros aferramientos al pasado y a los temores a perderlo que nos hacen vivir a la defensiva. Tratar de **mirar** la nueva situación como la brecha por donde se nos está acercando el Señor para "refundarnos" y **conjurarnos** unos a otros para que "*se nos pegue la lengua al paladar*", cuando nos encontremos calificando el pasado de glorioso, el presente de dificultoso y el futuro de calamitoso. **Recordarnos** la convicción de que "los momentos creadores en la historia de la Vida Religiosa no se han hecho sin rupturas profundas. Y quizá sea éste uno de esos momentos críticos de la historia en los cuales la Vida Religiosa

¿No estaremos necesitando que el gran Samaritano que es Jesús se nos acerque, cure nuestras heridas y derrame sobre ellas el aceite de su consuelo y el vino de su fuerza? ¿No está ante nosotros el *kairós* de descubrir en nuestra fragilidad "un camino nuevo" en el que la fuerza se manifiesta en la debilidad y la vida en la muerte? ¿No está siendo la hora de fiarnos perdidamente del Dios que está trabajando algo nuevo con nuestra pobreza e incluso con nuestra pérdida, y de aceptar ser en la Iglesia "portadores de las marcas de Jesús", una realidad débil, siempre frágil y nunca acabada?

Pero si no nos decidimos a apurar hasta el fondo las muertes a las que vamos siendo conducidos, si no llegamos a "gustarlas", no seremos capaces de dejar emerger la vida que está queriendo nacer a través de ellas: una llamada a centrarnos en lo esencial, una manera distinta de relacionarnos, de apoyarnos intercongregacionalmente, de dejar espacio a los laicos, de aprender mejor lo que son la reciprocidad y la colaboración.

¿Podemos imaginar lo que ocurriría en una Congregación (y empezamos a tener preciosos ejemplos de ello) que abandonara toda ansiedad por controlar su futuro y dejara en las manos de Dios la perla preciosa de su carisma? No para desentenderse de él y renunciar a seguir ofreciéndolo a otros, sino para hacerlo movidos por la búsqueda del Reino y no por asegurar a toda costa la propia supervivencia. ¿Somos capaces de soñar en la liberación de energías que esa confianza traería consigo y en la novedad que supondría dejar de culpabilizarnos o de afligirnos ante la disminución y la precariedad? Porque entonces ellas nos mostrarían su rostro luminoso y se nos revelarían, no como una desgracia o como un drama, sino como una ocasión, a la vez dolorosa y preñada de posibilidades, de fiarnos de esa sabiduría del Evangelio que habla de *perder y dejar*?⁷

¿No estamos hoy en la mejor de las ocasiones para vivir todo

pueda ser recreada en su totalidad." (Cf. Palacio, Carlos, "El sacrificio de Isaac como parábola de la Vida Religiosa": CLAR 3, Marzo 1993, pp.19-20).

⁷ Thomas Merton cuenta esta anécdota: "Trungpa Rimpoché, un lama tibetano, tuvo que huir a la India y el monje que lo acompañaba llevaba una caravana de cerca de 25 yaks cargados con todo tipo de provisiones. El lama le dijo: - No vamos a ser capaces de llevar todos esos yaks: tendremos que vadear y atravesar ríos a nado y necesitamos viajar ligeros. El otro repuso: - Tenemos que llevarlos, tenemos que comer. Emprendieron el viaje y, cuando los comunistas chinos vieron la caravana de yaks por el camino, los requisaron. Pero el lama ya no estaba allí: se había adelantado, se encontraba nadando en un río y escapó". (*Diario de Asia*, Madrid 2000, p. 300).

Podríamos hacer comunitariamente un *rol playing* en el que un grupo representara el papel de "lama" y otro el de 15

eso a pleno pulmón? Una consecuencia inmediata sería que, en los lugares en que experimentamos el envejecimiento de la Vida Religiosa, nos ayudáramos unos a otros a ensanchar nuestra mirada y nuestra mente y llegáramos a alegrarnos de que otras Congregaciones y en otros países vivan momentos de crecimiento y expansión. Y esta "consolación vicaria", este gesto de gratuidad y de desprendimiento estaría seguramente en la mejor tradición de nuestros fundadores y constituiría uno de esos signos de novedad que andamos buscando: ¡nada menos que abandonar la estrechez de nuestras miras y dejar latir nuestro corazón al ritmo de la universalidad de la Iglesia!

¿Qué es difícil reaccionar desde esa fe? Pues claro. ¿O es que cuando nos decidimos a seguir radicalmente a Jesucristo nos garantizaron que el futuro iba a resultarnos fácil?

Llegamos por fin a la posada. El lugar queda marcado de nuevo por el cuidado pero ahora todo sucede en el "adentro" de una casa, de unos muros (de una institución, pensamos nosotros). ¿Cómo conseguir que las estructuras que hemos creado sean "posadas" al servicio de la vida, espacios en los que nos sintamos acogidos, que nos ofrezcan estabilidad y permanencia y nos rehagan para poder retornar a los caminos? ¿Cómo hacer para no olvidarnos de que su razón de existir es generar (otro verbo femenino) "pertenencias cohesivas" y facilitar estructuras y espacios de encuentro? ¿Cómo mantener la memoria de aquello para lo que nacieron, cuando el torbellino creativo de los fundadores las inventaba flexibles, con imaginación para que no se anclaran en puntos fijos sino que se mantuvieran abiertas a sueños movibles?

Y dentro de la posada no importa si estamos en "primera línea", o si nos dedicamos a hacer las sandalias para que otros puedan caminar al encuentro de quienes nos necesitan o a prensar la aceituna y pisar el vino que derramarán en sus heridas. Algunos tendrán que dedicarse a denunciar a los bandidos que asaltan a los débiles, a crear "redes samaritanas de comunicación" que despierten, protesten, contacten con otros "compañeros de disidencia" que a lo largo del ancho mundo están ya plantando cara al fatalismo económico, inventando otros modelos de economía solidaria y empleando todas sus potencialidades y recursos en crear un orden humano en el que sea posible la existencia de todos. Otros sentirán la urgencia de dedicarse a

cuidar de este planeta "medio muerto" y a defenderlo de sus depredadores. Algunos ofrecerán su tiempo y su escucha a los jóvenes y a los buscadores de sentido que llaman a nuestras puertas y, mientras unos sentirán la llamada de entrar en diálogo con otras religiones, otros anunciarán el nombre de Jesús desde las azoteas.

La misión de nuestra posada no es sólo guardar la memoria de nuestra herencia y afianzar nuestros vínculos sino, por encima de todo, facilitar que resuene en nosotros la causa de lo humano como causa de Dios y conseguir que nos sintamos un cuerpo cohesionado y bien trabado al servicio de un mundo herido.

CONCLUSIÓN

Nuestra vida es un proceso de maduración, al cual pertenecen la precariedad, la búsqueda, la incertidumbre. Y ese proceso exige en tiempos de posmodernidad, sensibilidad para percibir la situación y poder elaborar poco a poco un pensamiento complejo y bien trabajado, que evite simplismos, ingenuidad axiológica, evidencias engañosas. Un proceso estructurado con firmes fundamentos y convicciones humanas y religiosas.

La tarea vale la pena. Lo que realmente nos desconcierta es nuestra confusión y perplejidad existencial. No todo el mundo lo vive así en el ámbito de la vida religiosa. Hay gente que no se entera; hay personas que van a lo suyo al margen de lo que ocurre; hay otros que creen poder controlar casi todo. Si prestamos atención a los mensajes que nos llegan de la literatura, el cine, o los diversos análisis sociológicos, se palpa en el ambiente confusión y perplejidad... ¿Y nosotros? Cuando hemos llegado a cierta edad desde nuestra opción carismática, embarcados en opciones educativas y de compromiso con la justicia, con afanes voluntaristas y perfeccionistas, nos vemos ante retos que nos superan. Nos puede embargar una sensación permanente y difusa de insatisfacción, incluso de miedo. Y en la vida se mezclan gratificaciones y heridas, ideas brillantes y torpezas incomprensibles.

¿Y Dios? ¿Dónde está, después de tanto tiempo, el fundamento

real de mi vida, de mi proyecto personal? ¿Qué fue de Él en mi vida? ¿Qué ha pasado con su presencia en mi quehacer cotidiano? ¿Sólo queda ante mí ese Misterio oscuro e inasible? ¿Puedo empezar de nuevo? ¿Por dónde empezar? ¿Vale la pena?

Y podemos sentir la tentación de la huída. No hablo simplemente de abandonar la opción y la vida religiosa, aunque sería también posible. Es algo más sutil: "Mantengamos la máquina funcionando, mientras me repliego a mis cuarteles de invierno. O me refugio en el trabajo y en la responsabilidad. O me busco algún nido afectivo que me haga soportable la existencia. O reacciono enérgicamente para mantener el timón y sentirme seguro, mientras el escepticismo o el cinismo me dejan sin alma y, lo que es peor, sin corazón..."

¿Qué hacer? Recuperar el centro, pero por los caminos de la autenticidad, de la humildad, de cierta paz que hunde sus raíces más allá de nuestro entramado psicológico. Esquemáticamente lo formularía así: desde la visión más realista posible de lo que nos rodea, hago el esfuerzo de mirarme sin engaños en el espejo, reconociendo mi pobreza radical, para abrirme definitivamente a Dios.

Nuestro problema es teologal. Es el momento de la fe. A estas alturas de la vida sólo nos queda una alternativa: fiarnos de Dios, ponernos en sus manos como el niño que tiene miedo en la noche, descubrir a Jesús, al Jesús de Getsemaní, como Señor de nuestras vidas, dejarnos guiar sin resistencias inútiles por la luz del Espíritu. Esa alternativa creyente ha de partir de una serena aceptación psicológica de nuestras limitaciones, liberados de la compulsión de la imagen hacia fuera, reconciliados con nuestra biografía, con sus más y sus menos, dejando de lado perfeccionismos y voluntarismos, para abrirse paso hacia el abandono y la confianza definitiva en Dios.



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín